

BÚSQUEDA DE LA VERDAD Y BÚSQUEDA DE UNA PERSONA DE QUIEN FIARSE

Mario D'Angelo

He querido comenzar esta breve presentación con esta sabia afirmación de Juan Pablo II en su célebre encíclica FIDES ET RATIO.

Después de desarrollar en el capítulo III (Inteligo ut credam) el camino de búsqueda de la verdad, concluye de la siguiente manera:

“De todo lo que he dicho hasta aquí resulta que el hombre se encuentra en un camino de búsqueda, humanamente interminable: **búsqueda de la verdad y búsqueda de una persona de quien fiarse**”. (FR, 33).

Quisiera, entonces, centrar en esta frase de Juan Pablo II los temas que considero fundamentales en la cultura de nuestros días y en la propuesta de trabajo de este IV ENDUC, particularmente, relacionando el tema PERSONA HUMANA (Área 1): 1.7 La persona en posesión del conocimiento: verdad vs. relativismo, con el tema EL QUEHACER CIENTÍFICO (Área 3): 3.3 La relación ciencia y fe; recuperación del espacio propio de la filosofía como espacio de diálogo entre razón y fe.

LA PERSONA EN POSESIÓN DEL CONOCIMIENTO.

Si hay algo que define al hombre es su capacidad de conocer, dejando al margen, por ahora, qué se entienda por conocer, y la larga historia del pensamiento lejos de llevarnos a una actitud agnóstica o escéptica, lo que viene a confirmar es la indiscutible capacidad del hombre no sólo de conocer, sino también de poder llegar a verdaderas certezas. La primera de ellas, el mismo conocimiento y muchas otras. Resulta paradójico y muy significativo que los límites propios del conocimiento humano lejos de llevar a una descalificación o “relativización” del mismo, lo primero que generaron fue su capacidad de llegar a “certezas”. El conocimiento humano es cierto y el hombre puede fiarse muy bien de él y al hacerlo sabe también que no se equivoca y aún si se equivocara sabe también que el error no es nunca la última etapa en esta acuciante búsqueda, el fin propio sólo puede ser la verdad. No es tampoco ninguna casualidad que el conocimiento se haya despertado junto a la verdad, sea para afirmarla, sea para negarla. Conocimiento y verdad forman un fecundo binomio y generan una creativa circularidad que nos muestra a través de toda la historia del pensamiento que uno no puede ser entendido sin la otra y que ambos son la clave de bóveda no sólo para entenderlos a cada uno en sí mismo, sino también y fundamentalmente para entender al singular sujeto sobre el que actúan.

Hay una correlatividad directa entre estas tres realidades de tal manera que la verdad define el conocimiento y el conocimiento define al hombre. Luego, la verdad define al hombre y pasa a ser constitutiva de su naturaleza¹. Ahora bien, el hombre está en posesión del conocimiento, pero no de la verdad, por eso la busca afanosamente. La búsqueda es el estado propio del conocimiento o mejor dicho la búsqueda es el estado propio del hombre, una vez más los términos se vuelven intercambiables. Cuando Juan Pablo II nos habla de la búsqueda de la verdad, lo hace con la intención de recuperar en nuestra cultura la firme capacidad de conocer que tiene el hombre, pero también con la intención de recuperar al hombre en su vocación de grandeza², alentar frente a las demoleadoras tendencias del pensamiento débil, la sublimidad y

¹ En este sentido Juan Pablo II sostiene que “se puede definir al hombre como aquel que busca la verdad”.

magnanimidad de una naturaleza que tiende siempre más allá de sí misma. Queremos compartir decididamente esta magistral visión del hombre en la hora presente.

“Todos los hombres desean saber”³ (Aristóteles, *Metafísica*, I, 1).

Y no podemos ignorar que ese deseo no está lanzado a la deriva ni condenado al absurdo⁴, muy por el contrario tiene un objeto propio que es la verdad. Se trata de una verdad que en una primera instancia y de una manera más inmediata el hombre puede alcanzar en el conocimiento de lo singular y concreto, pero este mismo conocimiento lo introduce en un dinamismo que arrastra a la inteligencia siempre más allá, de tal manera que lo singular y concreto es simplemente el punto de inicio de una “búsqueda” que pareciera no tener fin. Por eso afirma Juan Pablo II que “la verdad se presenta al hombre como un interrogante” (FR, 26). La búsqueda suscita incontables interrogantes de tal manera que el conocimiento humano viene a quedar definido desde el inicio más por una pregunta que por una afirmación, además en este interminable proceso y como lo demuestra muy bien la experiencia, cuando el hombre llega felizmente a una afirmación ésta inmediatamente se transforma en un nuevo interrogante. Estas observaciones van perfilando las verdaderas características de todo conocimiento: su provisoriedad y su progresividad.

Ahora bien, las preguntas que el hombre se hace no son puramente teóricas ni carentes de un cierto interés, porque lo que en última instancia está en juego es nada menos que la magna cuestión del “sentido” de la existencia. Cuando el hombre pregunta y detrás de cada pregunta lo que se busca es poder dar una respuesta satisfactoria al sentido de la existencia humana. Podemos decir con firmeza que no hay ninguna forma de saber que no esté referida de alguna manera a la cuestión del sentido.

A pesar de los numerosos y acuciantes “sin sentido” de la existencia, el hombre no claudica y se sabe capaz de dar una respuesta, capaz de la verdad y capaz de sentido. El absurdo no es su morada.

El hombre es capaz de conocer la verdad. ¡Qué interminables y reveladoras cuestiones se esconden detrás de esta sencilla afirmación! Y pareciera que cada época tiene que hacerse cargo de ella con una imperativa necesidad y una acuciante actualidad, a tal punto que de ella dependerá todo lo demás.

Pero resulta que esta decisiva afirmación también es provisorio porque el reconocimiento de esta capacidad lo que ha hecho es simplemente ponernos en el comienzo de un largo camino, porque la verdad se manifiesta en lo singular y concreto, pero no se agota en lo singular y concreto, podemos decir que tiene también un carácter “remite”. Nos remite siempre más allá de sí. ¿Hacia dónde? Hacia lo “otro” y lo “otro” entendido como lo distinto, pero también como lo que es de manera constitutiva relativo a mi realidad como sujeto. Traducido en términos más gnoseológicos, se trata del conocimiento como una relación bilateral entre un sujeto y un objeto y de la verdad como “adecuación” entre un sujeto y un objeto, pero el problema no viene planteado tanto por los términos de la relación, sino más bien por la “relación” misma y por cómo debe ser rectamente entendida. En este sentido podemos decir que el conocimiento es esencialmente “relativo a” y por tanto nunca puede quedar resuelto en la inmanencia del sujeto, como lo pretenden el racionalismo y el idealismo con todas sus variantes y

² “...debo animar a los filósofos, cristianos o no, a confiar en la capacidad de la razón humana y a no fijarse metas demasiado modestas en su filosofar” (FR, 56).

³ Citado por Juan Pablo II en *FIDES ET RATIO*, 25.

⁴ “La capacidad misma de buscar la verdad y de plantear preguntas implica ya una primera respuesta”. (FR, 29).

actualizaciones. Sumemos aquí otra nota esencial del conocimiento y de la verdad, es decir, su “relatividad”, entendida como referencialidad; quizá convenga hablar aquí de la trascendencia del conocimiento. El conocimiento y la verdad son trascendentes por naturaleza: conocer es siempre, conocer lo otro (las cosas) y también al otro (la persona) En esta singular relación de inmanencia y trascendencia es donde el conocimiento y la verdad muestran toda su fecundidad y su irreductibilidad. Las pretensiones de definir, limitar y reducir el conocimiento a una cuestión simple y unívoca lejos de asegurar una adecuada comprensión del mismo lo que han hecho es poner bien de manifiesto su radical carácter analógico⁵.

El llamado conocimiento analógico reviste hoy una importancia crucial porque parece ocupar un lugar central en el actual debate sobre la naturaleza del conocimiento. Pareciera que lejos de haber quedado olvidado junto a los tradicionales problemas de la metafísica, vuelve a ocupar la atención de los epistemólogos que lo ven como una posible clave de solución a los graves problemas planteados por el conocimiento científico.

La analogía tendría entonces varias aplicaciones posibles, integrando básicamente una lectura vertical, entendida tradicionalmente como vinculación entre el orden inmanente y trascendente, y una lectura horizontal que incluiría los múltiples y ricos aportes procedentes tanto del universo filosófico como científico, haciendo posible el tan mentado “diálogo interdisciplinario”.

La recuperación de la analogía en el universo del conocimiento es claro ejemplo de una prometedora recuperación de la racionalidad. Podemos decir con cierto optimismo que avanzamos hacia una nueva racionalidad caracterizada por la integración, el diálogo y la inclusión. No obstante no quiero pecar de ingenuidad, porque no debemos dejar de reconocer y atender a los graves problemas que le viene planteando al llamado conocimiento uno de sus atributos más determinantes, cual es la “fragmentación”.

Retomando el título de este apartado podríamos decir que el hombre ha estado en posesión del conocimiento por la vía de la especialización, que junto a sus innegables logros ha instalado en el mundo científico el paradigma de la “fragmentación”.

Pareciera que a llegado el momento oportuno de concebir un nuevo paradigma en el cual, sin detrimento de la necesaria especialización, habrá de privilegiarse el enfoque “interdisciplinario” como criterio epistemológico fundamental. Como podremos intuir esto ya no es tarea de una sola disciplina, sino que será el trabajo de todo pensador por recuperar una verdadera racionalidad. Quizá esto signifique también que recuperemos la verdad como un problema fundamental a toda forma de conocimiento, desde el vulgar hasta el científico. Una palabra sobre el relativismo.

VERDAD VS. RELATIVISMO I

No es ninguna casualidad que asistamos al reinado del relativismo desde el momento que el hombre ha abandonado la causa de la verdad.

A este respecto nos advierte Juan Pablo II,

“algunos filósofos, abandonando la búsqueda de la verdad por sí misma, han adoptado como único objetivo lograr la certeza subjetiva o la utilidad práctica. De aquí se desprende, como consecuencia, el ofuscamiento de la

⁵ Entendemos aquí la analogía en su concepción clásica que establece en todo conocimiento y en la realidad diferentes relaciones de semejanza y desemejanza. Conocimiento, por otro lado, atestiguado por la misma tradición bíblica sapiencial: Cf, Sb 13, 5.

auténtica dignidad de la razón, que ya no es capaz de conocer lo verdadero y de buscar lo absoluto”. (FR, 47).

Si la consecuencia inmediata del abandono de la búsqueda de la verdad es el relativismo, queda claro cuál es el camino de la Iglesia en la hora presente. En este sentido debemos reconocer el mérito indiscutible del magisterio de la Iglesia que particularmente en la enseñanza de los últimos Pontífices ha hecho de la defensa y recuperación de la verdad su tarea fundamental. Ahora bien, con igual sinceridad debemos reconocer que la gran mayoría de los miembros de la Iglesia no hemos correspondido, desde nuestra particular vocación y misión, a esta tarea.

Un “mea culpa” de particular gravedad nos corresponde a las Universidades Católicas y en ellas a los docentes católicos frente a esta misión.

Preguntémonos en qué medida y de qué modo hemos contribuido a la gran causa de la verdad. ¿Cuál ha sido nuestro aporte a la Iglesia y a la sociedad tanto a nivel personal como institucional?

Pero no es momento de mirar hacia atrás, máxime cuando en el providencial marco de estos “Encuentros Nacionales de Docentes Católicos” nos hemos puesto en camino hacia el Bicentenario de nuestra Nación.

Pienso que como docentes debemos hacer nuestra la “causa de la verdad”, haciendo de ella nuestro especial centro de atención y pensando en iniciativas concretas que nos permitan ejercer institucionalmente nuestra “diaconía de la verdad”.

No dudo de la generosa “diaconía” que muchos de nosotros desplegamos diariamente en las aulas, pero, ahora se trata de pensar en una “diaconía” a nivel institucional e inter-universidades. Es en las duras arenas de la sociedad, de los medios, de la cultura, de la economía, de la ciencia y de la técnica donde debe librarse la batalla decisiva.

Debemos pensar en cómo asegurar nuestra presencia y hacer oír nuestra voz.

Queda claro que nuestra lucha no ha de ser tanto contra el relativismo cuanto a favor de la verdad. Hoy como nunca se nos exige que seamos fieles testigos de la verdad, porque para eso, nosotros, como el Maestro, hemos venido al mundo.

BÚSQUEDA DE UNA PERSONA DE QUIEN FIARSE.

Este es un tema con el cual Juan Pablo II ha enriquecido notablemente la cuestión de la verdad, es un tema que unifica la noción de verdad con la noción de hombre y nos hace ver desde el inicio que el problema de la verdad no es meramente teórico o epistemológico, sino, fundamentalmente, personal.

El Papa nos recuerda que desde la misma manera que el hombre no puede vivir sólo, tampoco puede aprender sólo, es más, “en la vida de un hombre, las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas por la constatación personal”. (FR, 31).

Esto significa que no sólo la búsqueda y posesión de la verdad define al hombre, sino que este también se define por su capacidad de creer en otros. Verdad y creencia están íntimamente relacionadas y ambas definen al hombre⁶.

La creencia queda así incorporada como un problema esencialmente gnoseológico. Lo novedoso del planteo consiste en incorporarlo al universo gnoseológico no como un obstáculo para el conocimiento, sino como una riqueza. El Papa lo plantea en estos términos, entre creencia y evidencia se produce una tensión significativa:

⁶ Creer es confiar en los conocimientos adquiridos por otras personas.

“Por una parte el conocimiento a través de una creencia parece una forma imperfecta de conocimiento, que debe perfeccionarse progresivamente mediante la evidencia lograda personalmente; por otra, la creencia, con frecuencia, resulta más rica desde el punto de vista humano que la simple evidencia, porque incluye una relación interpersonal ...” (FR, 32).

Ahora bien, tratando de hacer más explícita la idea del Papa, debemos preguntarnos si la tensión de la que habla consiste simplemente en el paso de un conocimiento imperfecto (creencia) a un conocimiento perfecto (evidencia) o si lo que se quiere decir es que creencia y evidencia son dos momentos constitutivos del conocimiento que hacen necesariamente a su progreso y perfeccionamiento. Decididamente debemos ubicarnos en esta segunda tesis gnoseológica.

Sabemos que una de las características del conocimiento es su perfectibilidad, pero no debemos olvidar que lo que se perfecciona no es una facultad abstracta sino el hombre como realidad personal:

“la perfección del hombre no está en la mera adquisición del conocimiento abstracto de la verdad, sino que consiste también en una relación viva, de entrega y fidelidad hacia el otro” (FR, 32)⁷.

VERDAD VS. RELATIVISMO II

La búsqueda de la verdad no está destinada solamente a la conquista de verdades parciales, factuales o científicas, sino que aspira a la posesión del “absoluto”.⁸

¿Es el hombre capaz de lo absoluto, puede lo absoluto entrar a formar parte de la naturaleza humana? ¿No se trata de una aspiración desmedida e injustificada?

No son pocos los que han abordado esta candente cuestión, sea para afirmarla sea para negarla. Es una cuestión muy solidaria al problema de Dios en el hombre. En este punto no puedo dejar de hacer mención a un pensador que ha abordado el tema con destacado rigor y que vengo trabajando personalmente desde hace unos años, me refiero al filósofo español, Xavier Zubiri (1898-1983).

Hoy el auge cobrado por el relativismo quizá deba ser interpretado como una nueva llamada hacia el absoluto en el sentido de que como nunca se acentúan las paradojas referidas al sentido de la existencia humana. El relativismo se dice de muchas maneras. Se dice, por ejemplo, del subjetivismo que se impone como regla de verdad y del orden moral, pero al mismo tiempo encierra pretensiones de “totalidad”; se dice del individualismo, considerado hoy, como el sello primordial del hombre pos-moderno, pero con las proyecciones propias de un universalismo. Hoy como nunca se habla y se pelea por la dignidad y los derechos del hombre y hoy como nunca el hombre es pisoteado, manoseado y asesinado desde las formas más sutiles hasta las más aberrantes. Y podríamos seguir con muchos ejemplos hasta el cansancio.

Las paradojas apuntadas son una muestra clara de la tensión candente que se produce hoy entre lo relativo y lo absoluto. La tensión es inevitable por que está grabada de modo indeleble en el corazón del hombre, la cuestión radica en cuál de los polos domina la tensión y en cuáles son sus encarnaciones históricas. La historia, en todo caso, nos enseña que cuando el hombre ha vivido a la luz del absoluto es cuando ha

⁷ El Papa afirma que muchos ejemplos pueden darse para ilustrar este dato y piensa ante todo en el testimonio de los mártires.

⁸ El Papa recuerda que este es un argumento que sigue desde hace mucho tiempo y que ha expuesto en diversas ocasiones.

asumido plenamente su condición y su dignidad. Por el contrario, el primado del relativismo y la negación del absoluto han sumergido al hombre y a la humanidad en un período de sombras. Es el permanente combate entre la luz y las tinieblas. Nosotros lo sabemos, pero hay muchos que lo ignoran o están confundidos, por eso la superación de este drama no es posible para el hombre sólo, de ahí que el Papa Juan Pablo II haya insistido tanto en la búsqueda del otro como condición esencial para alcanzar la verdad.

LA BÚSQUEDA DEL OTRO

El Papa nos recuerda que la razón “necesita ser sostenida en su búsqueda por un diálogo confiado y una amistad sincera” (FR, 33)⁹.

Se trata de recuperar una racionalidad auténtica e integradora que sin abandonar su rigor en la búsqueda de “objetividad”, tampoco abandone el valor de la subjetividad.

Durante mucho tiempo y aún también en nuestros días sigue vigente la hipótesis de que la objetividad sólo puede ser alcanzada con la exclusión del “sujeto” en los procesos cognoscitivos. ¿De qué racionalidad se trata? ¿Qué valor puede tener esta ansiada “objetividad”?

Se dirá que los resultados alcanzados son la mejor prueba de la autenticidad de esta racionalidad, pero bien ponderados, esos mismos resultados nos indican que esos “éxitos” no deben ser interpretados como la “canonización” de “la” racionalidad sin más, sino mejor como una forma particular de la misma.

Los paradigmas científicos que hasta ahora estaban inspirados en los criterios de objetividad antes mencionados, hoy están experimentando una profunda transformación que tienen como objetivo fundamental la recuperación del hombre en los procesos cognoscitivos, lo que algunos autores llaman la “humanización de las ciencias”.

Es indudable, en esta línea, que el gran ausente en estos trabajos vuelva a gozar de plena carta de ciudadanía. Y lo que debe recuperarse es no sólo el hombre, sino también el “otro”.

La propuesta del Papa debe ser considerada como un verdadero criterio epistemológico en su doble e inseparable formulación: **búsqueda de la verdad y búsqueda de una persona de quien fiarse.**

No está demás recordar que estos dos objetivos supremos coinciden plenamente con las dos fuertes motivaciones que dieron lugar al nacimiento de la Universidad, a saber, la búsqueda de la verdad y la realización comunitaria del saber.

La recuperación de la memoria y de las motivaciones genuinas de la Universidad son hoy el mejor remedio y la mejor orientación para superar la crisis por la que atravesamos. La universidad sigue siendo un ámbito privilegiado para dar respuestas de fondo a problemas de fondo. El espacio está dado para que sepamos hacer de la Universidad la casa de la verdad, la casa de la unidad y la casa de la comunión.

No puede haber Universidad sin verdad, no puede haber verdad sin unidad y es precisamente la comunión en la verdad la que ha dado origen a nuestra Nación.

Universidad y Nación son hoy dos totalidades que frente a la crisis que padecemos pueden aportar numerosos focos de luz que pueden ayudarnos a comprender la raíz de nuestros males y sugerir caminos concretos de superación y solución. Caminemos con inteligencia y confianza hacia la celebración del Bicentenario.

⁹ “El clima de sospecha y de desconfianza, que a veces rodea la investigación especulativa, olvida la enseñanza de los filósofos antiguos, quienes consideraban la amistad como uno de los contextos más adecuados para el buen filosofar” (FR, 33).

EL QUEHACER CIENTÍFICO.

Con todo lo dicho hasta aquí quedan hechos importantes aportes para el “quehacer científico” y quedan también planteados dos ámbitos vitales para su realización: Universidad y Nación.

La Iglesia viene exhortando ardientemente en las últimas décadas al mundo de las ciencias para lograr un diálogo constructivo que permita dar respuestas a los distintos y difíciles desafíos que hoy nos plantea nuestro mundo globalizado¹⁰.

Personalmente percibo dos dificultades de gravedad: en primer lugar, parece tratarse de una invitación que no encuentra a un interlocutor que tenga el mismo entusiasmo y las debidas disposiciones. Cuando la Iglesia habla al mundo de las ciencias no parece encontrar un eco favorable y en términos generales, no parece que haya un diálogo sincero y comprometido. Las raíces de esta indiferencia, indudablemente, son de orden histórico y en ellas no podemos dejar de reconocer una cierta culpabilidad de parte de la Iglesia. Los magnánimos gestos tenidos por Juan Pablo II, por nombrar sólo los dos más significativos, a saber: la reivindicación de Galileo y los pedidos de perdón durante el Gran Jubileo del año 2000, no parecen haber satisfecho suficientemente a los hombres y mujeres de ciencia que, instalados en su indeferencia, prefieren seguir escudándose en su “autonomía” para no tener que enfrentarse a un diálogo urgente que reclama al ámbito de la investigación científica el reconocimiento de ciertos “límites” en su labor. El innegable distanciamiento entre fe y ciencia viene dado desde el origen mismo de la ciencia y a través de los siglos, además, se ha ido acentuando por muchas causas que no voy a plantear en este modesto trabajo, pero que merecerían una detenida atención de nuestra parte. El título del trabajo ya está dado: Historia de las relaciones entre fe y ciencia.

Si me detengo en este enfoque no es por mera erudición, sino porque estoy convencido de que si no tenemos frente a este grave problema una adecuada mirada hacia su historia, difícilmente podremos encontrar caminos de superación.

¿Cómo encontrar, entonces, un interlocutor más entusiasmado y comprometido? Más aún cuando sabemos que su entusiasmo lo aleja cada vez más de las posibilidades de todo diálogo. Nosotros no cambiaremos por decreto la mentalidad de los hombres y mujeres de ciencia, pero podemos ir generando un movimiento, progresivo y paulatino, que sí pueda promover una nueva “mentalidad”. Según lo que decía más arriba, se trata de una nueva “racionalidad” y no olvidemos que hoy este es un reclamo interno a la misma ciencia. Quizá convenga estar muy atentos a los procesos de cambio que hoy se agitan en el seno de las ciencias, quizá se trate de un nuevo “paradigma”. Estamos hablando de lo mismo y hasta si queremos hablar en términos evangélicos se trata sencillamente de un camino de “conversión”.

El tenor de mis afirmaciones nos hace ver claramente que ya no es posible sostener una actitud científica que no asuma responsablemente la moralidad de sus actos. Estaríamos ante un nuevo principio epistemológico: no hay objetividad sin moralidad, dicho de otra manera, ya nada puede ser científicamente viable si no es moralmente aceptable.

El argumento del progreso esgrimido siempre por la ciencia ya no puede ser suficiente para “avanzar” en la investigación y legitimar todo lo que sea científicamente posible. Urge al mundo científico sumarse al diálogo en todas sus formas y niveles, si es que la ciencia realmente quiere salir de su “autismo” y retomar el camino de un verdadero humanismo.

¹⁰ Recordemos la sabia advertencia de Juan Pablo II en *Ecclesia in America*, 20: “La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella”.

La segunda dificultad nos toca más de cerca y radica en la falta de espacios e iniciativas en nuestras Universidades para trabajar la relación FE-CIENCIA. Aclaro que no me refiero al tratamiento del tema sino a ámbitos y estructuras permanentes donde el tema pueda ser planteado de manera estable y con una profundización creciente conforme a los urgentes desafíos que hoy nos plantea el quehacer científico.

Pensemos en la Academia de Ciencias de la Santa Sede o iniciativas similares, pensemos en las distintas Sociedades y Grupos que vienen trabajando desde hace años este debate en Europa. Recientemente con ocasión de mis estudios en España pude conocer y participar providencialmente de un Congreso Internacional sobre Ciencia y Teología organizado por la ESSSAT (European Society of Studies of Science and Theology). Quedé gratamente sorprendido por la existencia de este ámbito de permanente debate y por su creciente importancia. En esta Sociedad el diálogo está abierto en todas las direcciones y tiene dos niveles fundamentales de participación, se trata de una integración “multidisciplinar”, diálogo entre todas las disciplinas y ciencias, y “multiconfesional”, dialogo entre todas las Iglesias y Religiones.

El Congreso Internacional al que aludí se llevó a cabo en IASI, RUMANIA del 4 al 9 de abril de 2006. Les recuerdo que Rumania es un país de mayoría “ortodoxa” y, por tanto la incorporación de la Iglesia Ortodoxa al diálogo fue uno de sus objetivos principales. Quiero destacar también el nivel y la excelencia que caracterizaban a la gran mayoría de sus participantes, unos 200 en total. Se trataba de catedráticos e investigadores de distintos países de Europa y de USA., muchos de ellos con Doctorados en ambos ámbitos del saber, como ciencia y teología o filosofía. Frente a semejante Asamblea uno no puede dejar de experimentar una sana envidia y preguntarse cuándo lograremos algo similar para Latinoamérica y para cada país.

Conste que era el único participante de América Latina y estuve totalmente becado.

Creo que es una clara muestra de la apertura de estas Iniciativas y de los recursos que destinan para su adecuado funcionamiento.

En esta misma línea resulta de enorme importancia el trabajo desplegado por USA. que cuenta con Fundaciones como la TEMPLETON que financia una enorme cantidad de proyectos de estudio, investigación y publicación. Entre sus producciones se encuentra el METANEXUS INSTITUTE que realiza anualmente una Conferencia ya de fama internacional donde estos temas son debatidos de manera magistral. A propósito la Conferencia de este año tiene por tema central: Transdisciplinarity and the Unity of Knowledge Beyond the “Science and Religion Dialogue” (Transdiplinariedad y Unidad del Conocimiento más allá del “Diálogo entre Ciencia y religión”), que se llevará a cabo del 2 al 6 de Junio en Filadelfia, Pensilvania.

A este tipo de iniciativas me refería y a estos ámbitos permanentes donde podamos ir adquiriendo la competencia que hoy nos exigen, no sólo las ciencias, sino la misma audacia de la fe.

Ojalá que pronto podamos empezar a ver multiplicarse en nuestra Universidades este tipo de iniciativas y logremos a su vez concomitantemente una eficaz integración entre nosotros, para desde ellá poder encarar el necesario diálogo interdisciplinario. Quizá corresponda a estos ENDUC asumir la animación de esta propuesta.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS:

SAGRADA ESCRITURA.

FIDES ET RATIO, Juan Pablo II, 1998.

Comentarios a la FIDES et RATIO, L'OSSERVATORE ROMANO.

ECCLESIA IN AMERICA, Juan Pablo II.

DIOS ES AMOR, Benedicto XVI, 2005.

Documento de participación de la V CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. CEA.2005.

CATECISMO DE LA IGLESIA .CEA.1993.

DICCIONARIOS:

Diccionario Crítico Etimológico, J. Corominas- J.A. Pascual, Gredos, Madrid, 1991.

Diccionario de Filosofía, José Ferrater Mora, Ariel, Barcelona, 2004.

Diccionario de Filosofía, Walter Bruggler, Herder, Barcelona, 1972.

Conceptos Fundamentales de la Teología, Cristiandad, Madrid, 1979.

GENERAL

Gnoseología, José María de Alejandro, BAC, Madrid, 1974.'

Epistemología General o Crítica del Conocimiento, Herder, Barcelona, 1979.

Gnoseología, Alejandro Llano, Eunsa, Pamplona 1991.

El Hombre y Dios, Xavier Zubiri, Alianza, Madrid, 1985.

ELECTRÓNICA

www.zubiri.net

www.esssat.org

www.vatican.va



IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar

